

MONTSERRAT

Cuando el viento azota lentamente las nubes, y por entre sus diformes grietas asoma el azul del cielo, ¿visteis los grupos fantásticos que aquéllas forman, fingiendo ya monstruos horribles, ó ya como fábricas portentosas que levantan al aire cien agujas desiguales? Así aparece fantástico Montserrat al que, viniendo de Igualada, lo contempla por la parte que corre de Mediodía á Poniente; al ver sus peñones desgajados y como colocados por mano de hombre, aquellas crestas multiformes, caprichosas y gigantescas, la fantasía créase catedrales ciclópeas erizadas de cúpulas é inmensos castillos aéreos fortalecidos con cien torres, si ya no se estremece ante aquel conjunto de fantasmas, ante aquel Briareo que, medio hundido en los abismos de la tierra, alza al cielo los cien brazos. Aquel es el monte que cantan las baladas montañesas; aquel con que las madres catalanas entretuvieron á sus hijos en la infancia, y cuyo nombre, apenas pronunciado con labios balbucientes; doró los primeros sueños de nuestra imaginación: aquel que, al oír la

relación de nuestros padres y de nuestros hermanos mayores, excitó en nuestras tiernas almas una vaga idea de algo bien grande, bien hermoso, en que aparecían historias y coronas de reyes formando una aureola alrededor del nombre de María, al paso que concebimos una dulce esperanza que nos prometimos realizar cuando llegásemos á la edad de nuestros hermanos... ¡Cuán bello! ¡Cuán caprichoso! ¡La misma naturaleza le colocó así aislado, como si, complaciéndose en su obra, hubiese querido marcar su diferencia respecto de los demás montes, y destinarlo para objeto de veneración de los pueblos. —Pero ¿haremos nosotros lo que el exacto y frío pintor de paisajes, que no se olvida de indicar en su tela ni el olivo de la izquierda, ni la pared de la derecha, ni deja de indicar entornada la puerta de un corral, pues con ello gana un efecto de sombra, bien que entretanto no hincha los espacios de su cuadro con el aire del cielo, ni roba á la naturaleza su espíritu y expresión, ni oye aquella armonía inmensa é infinita con que cantan la Creación aquellas partes? ¿Describiremos este monte famoso? Y excepto sus bellezas natura-

les, ¿qué describiremos en él, sino soledad y abandono? ¿Y que veríamos en el santuario sino miseria y pesadumbre para el ánima afligida, que recordara lo que fué? Recorramos más bien con rapidez aquellas masas de peñascos; hundámonos en el espantoso y sublime derrumbadero que se abre al pie del monasterio hasta tocar las aguas del Llobregat, ó bien subamos á saciar nuestra alma con la inmensidad de los espacios; deslicémonos por la orilla de los precipicios; trepemos por aquellas largas y casi rectas escaleras que asemejan las no menos bellas comarcas de los Alpes, hasta la desierta ermita donde moraron en paz hombres de corazón sencillo y santo; bajemos después por las rápidas cuestas, mientras el viento pasa mugiendo por entre aquellos fantasmas de roca, y á su violento empuje se arremolinan bandadas densísimas de aves agoreras, cuyos graznidos nos llenan de un horror santo; y cuando, cansados de tan larga correría, y ebria la imaginación de goces y de inspiraciones, nos sentemos en el claustro destrozado ó al pie de la fachada exterior bizantina, envueltos en el manto del espíritu, evoquemos la visión de lo

que ha sido y mirémosla pasar en silencio con los ojos del alma, admirando su simplicidad, religión y misterio.

Asomad, asomad á la ventana, bellas niñas; y vosotras engalanad vuestras puertas, porque ya llegan los devotos romeros de la Virgen, y sus banderas coronadas de flores ondean alegremente por encima de los matorrales.

La brisa de la montaña trae el armonioso eco de sus plegarias, interrumpido de cuando en cuando por el de los instrumentos de los que, siguiendo la procesión, van á visitar á la Virgen.

Bajos los ojos y con el rosario en la mano avanzan devotamente los peregrinos: allí ni esplendor ni riqueza: humilde, muy humilde es su andar, fervientes los rezos que murmuran, y los hay que esmaltan con la sangre en sus pies descalzos las espinas y las piedras de los caminos.

Las niñas, suelta la cabellera, que sujeta sólo una guirnalda de flores silvestres, responden con voz tímida á las letanías, y las rosas avergonzadas de sus mejillas y el rubor que baja sus párpados

son la mejor ofrenda que sus corazones inocentes llevan á la Virgen.

Detrás de la clerecía y de los buenos magistrados de la comarca, la turba recogijada marcha al son de las gaitas y al compás de los cantares, con que sus madres les enseñaron á cantar á la Virgen.

Cerrad, cerrad tras vosotras las puertas de vuestras casas, porque ya la procesión se hunde en los recodos de la falda del monte. ¿No veis cual asoma en aquel flanco saliente, al pie de la cruz que sombrea peñascos gigantescos? Allí repiten con más fervor la plegaria, cuyos últimos sonidos espiran en el aire al doblar aquella punta.

Hélos que los divisan del monasterio, y echan á vuelo las alegres campanas, mientras la muchedumbre de peregrinos que llenan los claustros, la plaza y la hospedería, en confuso murmullo llamándose y noticiándose la llegada de los nuevos romeros—mientras los magnates hospedados en los aposentos del monseñor abad aparecen curiosos á la ventana,—mientras los perros contestan ladrando á los silbidos, y los alcones aletean y lanzan chillidos agudos, posados en el puño de

sus amos ó en las sillas de las cabalgaduras.

Entonces el padre despensero redobla su afán, y grande actividad reina en la cocina, cuyo hogar envía á lo alto densas nubes de humo, porque, en verdad, jamás visteis hospitalidad como la de estos buenos monjes de Santa María.

Pero ya al pie del monasterio, antes de apagar los recién venidos su sed en las frescas linfas de aquella fuente, sube al cielo en alas de la devoción una voz general que entona el *Virolay* de Santa María.

—«Rosa placentera, joya de amor santo, topacio castísimo, claridad sin sombra, tú tiendes una mano compasiva al acongojado, y eres puerto de salvación en la tormenta.

—»Aguila caudalosa, que remontas tu vuelo á lo alto, puerta sagrada del templo, oye nuestra plegaria: defiéndenos y ruega por nosotros.»

Grande, muy grande es el pasmo de los recién venidos al ver tanta muchedumbre; porque, ciertamente grande, muy grande es la devoción á la Virgen de Montserrat.

Allí miran á sus hermanos de todas las provincias de España; allí oyen la dulce habla del hijo de Italia á la par de las oraciones del que mora en las márgenes del Sena, tierra fecunda en caballeros; y allí contemplan los dorados rizos y ojos azules del blanco germano, que brillan junto á la cabellera negra como las alas del cuervo, del que se adormece al arrullo del mar en Sicilia, ó con las frescas brisas del Sorrento.

¿Oís cuán hondamente resuena el órgano dentro de las sagradas naves, y cómo el eco caprichoso repite los rezos de la comunidad, que, con sendos cirios, va lentamente bajando del altar á recibir la procesión de los romeros? El venerable abad, que viste los adornos pontificales sobre el hábito de San Benito, aparece en lo alto de las gradas, y con los ojos levantados y las manos extendidas, invoca la gracia del cielo sobre los devotos de la Virgen, y con su diestra traza sobre sus cabezas el signo cristiano.

¡Oh! ¡quién podría contar las riquezas que allí pasman á los romeros! Sus ojos no aciertan á contar el número de las bellas lámparas, dádivas de los reyes; de

los poderosos, y también de las buenas y piadosas villas, y, al mirar los cirios gigantes, que arden perpetuamente: «En verdad, exclaman, la morada es ésta de la Virgen.»

Y cuando los solícitos sacristanes les abren el tesoro de la sacristía, cuando les deslumbran los frontales, los tapices y adornos, las joyas, los vestidos, los vasos y candelabros, allí juntan las manos y repiten: «¿Quién tales maravillas vió? En verdad, la morada es ésta de la Virgen.»

Pues al subir trémulos de veneración al camarín de la Madre de Dios, cuando el fuego de la piedad les embarga el uso de sus potencias y hace latir con fuerza sus corazones, al ir á besar la mano á María, y á su Hijo, si sus ojos se atreven á mirar aquel divino rostro, bájanse con temor sorprendidos de tanta majestad y magnificencia, heridos por el brillo de las coronas de oro, en que arden millares de diamantes y esmeraldas, mientras ellos en lo hondo de sus almas murmuran: «En verdad, aquí es la morada, y esta imagen la imagen de la Virgen!»

Allí se postraron sobre las húmedas losas que encierran los restos de los finados;

allí les suceden otros romeros, que se arrodillan en las losas todavía calientes, y allí la oración sube al cielo constante, continua, eterna, como la escala transparente que debe unir la tierra con el cielo.

Entretanto, el movimiento no cesa afuera: óyense las voces de despedida de los que regresan á sus casas y de los que llegan, los silbidos de los que se llaman, el ladrar de los perros y el relinchar de los caballos, los gritos del buhonero y la cantinela del pobre ministril, que, de cuando en cuando, interrumpe con un preludio de su arpa, descolorida por el sol y la lluvia, la balada del ermitaño Garín y de la linda Riquildis, hija del buen conde Wifredo.

Apresuraos, bellas niñas; guiad, guiad vosotros, los gentiles mancebos; el sol tiñe la corriente del Llobregat con el oro del mediodía, y las ermitas de los pobres solitarios están muy lejos. Visitemos los altos picos, donde el hombre de Dios ha construído su cabaña junto al nido del alcón, y entremos en la cueva del Diablo, ahora que el reflejo del sol ahuyenta los espíritus, antes que las tinieblas de la

noche ¡Jesús María! traigan las feas visiones.

P. PIFERRER

(*Recuerdos y Bellezas de España.*)

LA ESPERANZA.

Hay una cosa que alegra tanto como el dinero, y que está al alcance de todas las fortunas.

Es azul y brilla más que el oro.

Se mezcla en todos los actos de la vida, y nos trae y nos lleva como un soplo de aire trae y lleva un puñado de polvo.

Lo mismo se la encuentra en la política que en la religión, lo mismo en la multitud que en el individuo.

Está en un billete de la lotería.

En el saludo de un hombre poderoso.

En la mirada de una mujer hermosa.

Es lo último que se pierde y se llama *esperanza*.

Es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad.

Desde que el hombre se presenta en el umbral de la vida, parece que una voz misteriosa grava en su corazón esta palabra: Espera.

Desde entonces todo es esperar.

El niño espera la juventud: el joven espera la vejez: el anciano espera la muerte.

La vida no es más que una inmensa antesala.

El jugador espera su carta, el asesino espera á su víctima, el hombre político espera su vez, el amante espera una cita, el que aborrece espera vengarse, el pobre espera ser rico, el rico espera ser más: todos esperamos algo.

Hay que convenir en que vivir es una operación universal por medio de la que se está siempre haciendo tiempo.

La esperanza es una cosa bien singular: va desapareciendo conforme se va realizando.

Se puede decir de ella lo que del sueño.

El sueño es la cosa más agradable del mundo, solamente que al cogerlo nos quedamos profundamente dormidos.

Detrás de la esperanza está el desencanto, como detrás de una cara de ángel está una mujer.

Siempre se coloca delante de todo lo que apetecemos, y nunca falta allí donde

terminan las probabilidades, donde el cálculo agota sus pronósticos, donde la razón dice su última palabra.

La esperanza está sobre todos los inconvenientes, y algunas veces sobre muchos imposibles.

Es la fe de los deseos.

Dice un enamorado: «Esa mujer no me quiere, su familia me detesta, sus criados son insensibles, mi espejo no vacila ni un segundo en presentarme feo siempre que lo miro, mi bolsillo me llama pobre siempre que lo toco.»

Aquí traga una vocanada de humo, si está fumando, se pasea, si está de pie, ó se muerde los labios, si está sentado.

Esta reflexión tan negra se va azulando poco á poco por medio de un procedimiento químico que no tiene explicación.

De repente tira el cigarro, ó se sienta, ó se levanta.

La acción puede ser una ó varias á la vez, las palabras pueden ser éstas ú otras; pero la idea siempre es la misma.

Dice: «Todavía tengo esperanza.»

Si se pudiera leer en el alma de estos enfermos, que la muerte ha marcado irre-

vocablemente, encontraríamos en una página:

«Yo no tengo remedio.»

Y en la siguiente:

«¡Quién sabe!»

Penetrad en el seno de una familia que ha agotado su último recurso, que ha llamado á la última puerta, que ha perdido el último amigo.

Conviene fijar bien el día de esta visita domiciliaria.

Por los datos del Almanaque no sería fácil sacar nada en limpio, porque hay días que no se encuentran en ese registro del tiempo.

Días inmensamente largos, cualquiera que sea la estación en que se presenten.

Se conocen con el nombre de días sin pan.

Aprovechad el momento en que el padre de aquella familia levanta el picaporte de la puerta y entra en su casa.

Viene de dar la última vuelta al tornillo de su necesidad.

Salió por la mañana y vuelve á la noche.

Trae... una cosa menos.

No solamente no ha encontrado quien

le dé, sino que todos se han empeñado en quitarle.

Salió con su última esperanza y vuelve sin ella.

La única puerta que se abre delante de él es la de su casa; los únicos brazos que se le tienden son los de sus hijos; los únicos labios que le sonríen son los de la madre de sus hijos.

«*Nada*,» es todo lo que se atreve á contestar á la pregunta muda de aquella familia que le rodea.

En ninguna ocasión la palabra *nada* ha significado más.

Aquí es preciso que la esperanza haga un esfuerzo supremo.

Es indispensable que pronuncie su última frase, que lance su último rayo de luz.

Para este milagro necesita la esperanza un intérprete digno de su esfuerzo.

Necesita un semblante apacible, unos ojos cariñosos y una voz dulce.

Es preciso que el misterio se realice con todas las circunstancias de la maravilla.

La luz ha de salir de la oscuridad, la fuerza del más débil, la constancia del ser más frágil.

El corazón que resume todos los dolores de la familia es el que va á hablar por boca de la madre.

Oigámosla, porque sus palabras serán breves como la verdad, sencillas como el sentimiento, precisas como la fe.

«Dios, dice, nos está probando; pero no nos abandonará.»

Y este hombre vuelve á tener esperanza, y esa familia vuelve á esperar.

La esperanza es el castigo de la razón.

Es esa creencia inagotable que se ríe de las probabilidades, y se mofa de los cálculos, y desprecia las razones.

Se puede vivir sin dinero, sin crédito, sin estimación; pero es imposible vivir sin esperanza.

El incrédulo le pide esperanzas á la casualidad.

El jugador á la suerte.

Las mujeres la buscan en los espejos.

Los que creen la reciben de la Providencia.

La esperanza es á la vida moral lo que el aire á los pulmones.

Las esperanzas no son las cosas, sino el color de las cosas.

Es un resultado maravilloso que se

produce contra todas las leyes de la lógica.

Y ¡cosa singular! ó es bella, ó no es esperanza.

Siempre estamos dispuestos á recibirla.

Semejante á las lisonjas, siempre llega á tiempo. Nunca es tarde para una esperanza.

El hombre es un conjunto de esperanzas que se van disipando una á una. Cuando se apaga la última, cierra los ojos.

Por medio de las esperanzas se abre camino hasta nosotros el tiempo que está por venir.

El tiempo conoce al hombre y lo adula.

¡Cuántas felicidades nos guarda siempre el día de mañana!

Si la esperanza es el camino de la felicidad, vivir no es más que estar en camino.

Sólo nos es lícito ser felices, esperando serlo.

El que no espera nada, ¿qué es lo que espera en el mundo?

Dios le ha dicho al cuerpo: vive.

Y al alma: espera.

Casi todo lo que nos rodea son esperanzas.

Un abogado no es más que una esperanza puesta al alcance de todo aquel que desea ardientemente tener razón.

Un tribunal no es más que una esperanza de la justicia.

La medicina es una esperanza de la salud.

Todas las esperanzas humanas me parecen reflejos más ó menos confusos, más ó menos lejanos de una esperanza suprema.

Así como el sol se reproduce en la superficie de los lagos, y se repite en las olas del mar, y se finge en las nubes, y se refleja en las montañas; así la verdadera esperanza, la única, se refleja en las sombras de nuestros deseos.

Lo que en la luz son reflejos, en la esperanza son presentimientos.

Vamos sucesivamente tomando las imágenes que se nos presentan, por el original que buscamos, y á cada esperanza que consumimos, nos damos una palmada en la frente, diciendo: No era esto lo que buscaba.

.

Esto sucede con las ideas, con los sistemas, con las pasiones y con los placeres.

La esperanza es una prueba evidente de que existe una cosa que todos buscamos y que nadie encuentra.

Las esperanzas humanas son los ecos de una felicidad misteriosa que nos llama desde muy lejos.

Por eso la esperanza es siempre risueña como el cielo, brillante como el cielo, azul como el cielo.

Por eso está, como el cielo, suspendida en el aire.

Una esperanza fundada no es verdaderamente una esperanza, sino una probabilidad.

Para ver bien una esperanza hay que cerrar los ojos á todo.

Entonces se dirige la mirada á otro mundo: allí debe estar.

La inocencia se disipa, el amor nos desecha, la ambición nos deja, los placeres se cansan de nosotros, la hermosura nos olvida, hasta los vicios suelen volvernos la espalda. Ella jamás nos abandona.

¡Qué solos nos encontraría la muerte,

si la esperanza no se quedara á recoger el último aliento de nuestra vida!

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

LOS HEBREOS

EN LA PENÍNSULA IBÉRICA.

Difícil será abrir la historia de la península Ibérica, ya civil, ya política, ya religiosa, ora científica, ora literariamente considerada, sin tropezar en cada página con algún hecho ó nombre memorable relativo á la nación hebrea, há cerca de dos mil años errante y dispersa en medio de las demás generaciones. Las crónicas de los reyes, las historias de las ciudades y de las órdenes religiosas, tanto militares como conventuales ó monásticas, los anales de las familias, llenos están de acaecimientos en que tuvo por largo tiempo el pueblo de Israel parte más ó menos activa y directa. Los códigos nacionales, dictados unas veces por los monarcas, formados otras por el clero, é inspirados otras por el sentimiento popular; los libros ascéticos, ahora escritos por los descendientes de la

raza hispano-latina, ahora por los conversos del judaísmo; las obras científicas, cuándo traídas de extraños lenguajes, cuándo realizadas, con gloria del nombre español, bajo la protección de los príncipes de Aragón y Castilla, mientras yacían las demás naciones de Europa en medio de la barbarie; las producciones de la amena literatura, debidas, ya á los cristianos viejos, ya á los que en el transcurso de los siglos habían hecho suya la religión del Crucificado, pregonan también con no menor fuerza y verdad, la participación que en uno y otro concepto alcanzó el pueblo proscrito en el desarrollo de la civilización española. En historias, en leyes, en obras ascéticas ó científicas, en libros de controversia ó de poesía, aparece siempre aquella laboriosa é inteligente grey dotada de una actividad sorprendente, que la hace digna de ser maduramente estudiada, cuando se considera sobre todo que, ya se levante á desusada prosperidad, ya sea envuelta en sangrientas persecuciones, jamás decaen su amor al trabajo ni su celo por la ciencia, títulos altamente legítimos, que le conquistan por mucho

tiempo la tolerancia, si no el respeto de sus dominadores.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

(Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.)

LENGUAJE DE ACCIÓN

Los poetas y filósofos que no alcanzaron á concebir una idea clara de Dios, lejos de desterrarlo de la naturaleza, poblaron los montes y los valles, los bosques y cavernas, los ríos y los mares, el cielo y el abismo de una cáfila de dioses sin cuento; y cuando no adoraron el becerro de oro, adoraron los cocodrilos y las cebollas en los huertos. Tanto repugna considerar la naturaleza como un libro de páginas en blanco, ó de mamarachos sin sentido, que hasta los que están privados de la luz divina para poder leer en él la verdad, leen el error; pero leen. Ningún pueblo del mundo ha creído que ante las armonías y símbolos de la naturaleza, el supremo esfuerzo de la ciencia consistiese en cerrar los ojos y taparse los oídos, y ahogar el grito de la conciencia. Repito lo que mil veces te he

dicho: para obrar así, es necesario estar ebrio de vanidad, y sobre todo, poco peso, poco peso.

Pues bien, ese perpetuo flujo y reflujo de los seres que, como un inmenso río, proceden del manantial eterno para volver á él; en su trabajo constante, sin tregua ni reposo, va engendrando formas y colores que, sin repetirse jamás, permanecen siempre los mismos: no de otra suerte que ahora la superficie del mar, vista desde aquí, nos parece inmóvil é inalterable como la losa de un sepulcro, no obstante su agitación perpetua y continuo cambio en todos los instantes transcurridos desde el primer instante de la Creación.

Hasta en los momentos en que la naturaleza nos parece como dormida y yerta, considera la rapidez con que somos arrebatados por el espacio, el trabajo interior de la vida y de la muerte, la incesante actividad del calórico, de la luz, de la electricidad, de la atracción y repulsión, de eso que llamamos fuerza, y que para vosotros, los materialistas, que no sabéis lo que es, lo explica todo.

¿Y qué diremos de los seres animados?